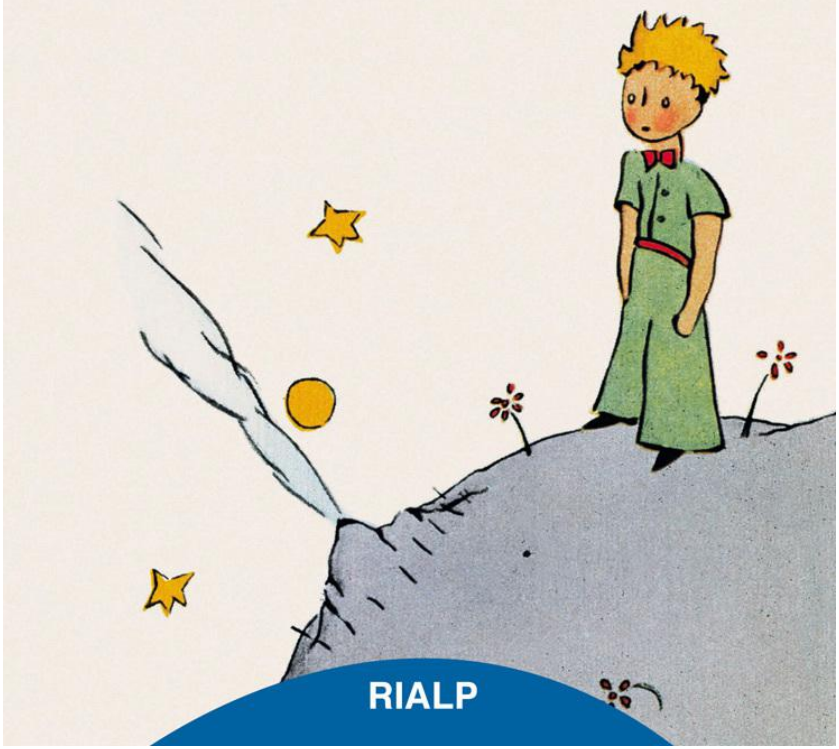
RAFAEL TOMÁS CALDERA

La existencia abierta

Para lectores de *El Principito*

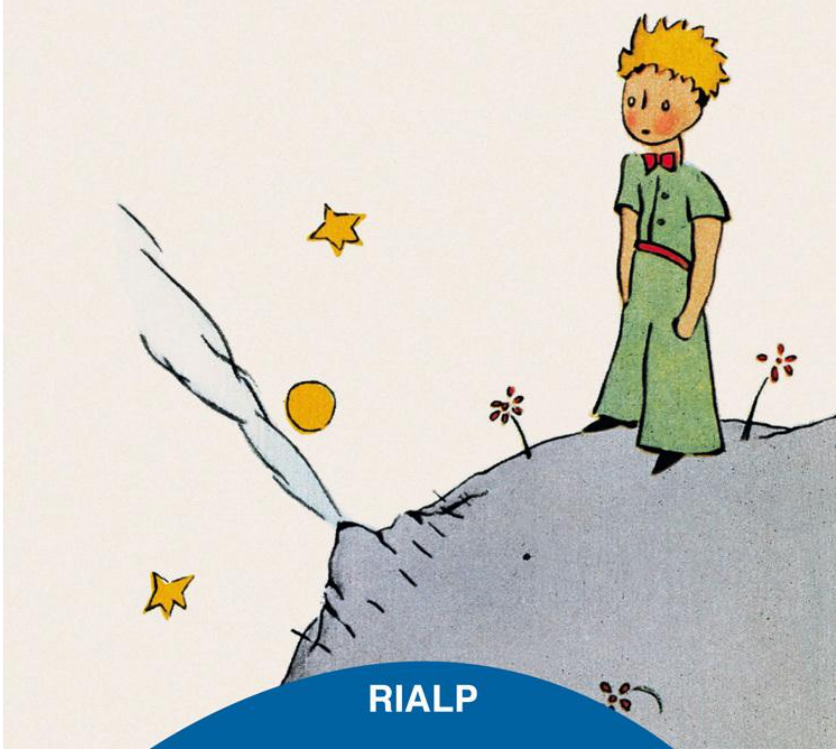


RIALP

RAFAEL TOMÁS CALDERA

La existencia abierta

Para lectores de *El Principito*



RIALP

RAFAEL TOMÁS CALDERA

LA EXISTENCIA ABIERTA

Para lectores de *El Principito*

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

Índice

Cubierta

Portadilla

Índice

Dedicatoria

Prólogo

1. Niño, adulto

2. El encuentro

3. Lugares comunes

4. Soledad originaria

5. Los baobabs

6. De los asteroides a la Tierra

7. En el jardín de las rosas

8. El zorro, los ritos

9.Amistad y amor esponsal

10. Lo esencial invisible

11. El desierto es hermoso

12. Agua para el corazón

13. Despacito hasta la fuente

14. Retorno

Epílogo

Créditos

Para Eduardo, Patricia, Isabel, Rosa, Freddy, Javier, Adriana, Mónica, Nacho, Rubinel, Jorge, Paola, Alejandro, otro Alejandro.

Y, en ellos, a tantos amigos —a lo largo de los años— con quienes he podido compartir el gozo de leer Le Petit Prince.

Prólogo

El 31 de julio de 1944 partía Antoine de Saint-Exupéry hacia las costas del sur de Francia en misión de reconocimiento. Fue su último vuelo. Su avión no regresó ni fue entonces hallado. El final de su vida rubricaba así la autenticidad de su vocación como hombre y como escritor, centrada en el valor de lo humano; de lo heroico sin aspavientos; de lo que permite realizar un sentido en la vida y da su peso a nuestro viaje en el tiempo.

De sus obras, casi todas relacionadas con su vida de aviador, una breve narración, Le Petit Prince, ha conocido el mayor éxito. En su lengua original, el francés, se han vendido millones de ejemplares; y ha sido traducida a más de noventa idiomas diferentes, entre los cuales el quechua. Tan enorme difusión ya sugiere la presencia en este libro de algo que atañe a lo esencial, que puede hablar a todos. Lo asequible del relato, la exacta correspondencia de los símbolos, su fino humor y aun los característicos dibujos —de mano del propio autor— que lo adornan hacen sin duda de El Principito lo que su venta masiva ha confirmado: una obra de valor, cuyo primer contacto invita a la relectura y al gozo del comentario compartido.

Tal ha sido mi experiencia desde que lo encontré, hace bastantes años. He tenido ocasión de leerlo muchas veces, de servirme de él como guión para introducir a jóvenes amigos al filosofar sobre la condición humana. Y me ha ocurrido lo que nos suele ocurrir con las obras maestras: he encontrado sus páginas siempre frescas, gustosas, llenas de sugerencias. Con tantos aciertos que se ofrecen a la cita oportuna en una conversación o en el discurso de un razonamiento en público. Al mismo tiempo, se ha decantado en mí la convicción de que expresa, de manera muy ajustada, un itinerario de madurez.

Con apariencia de una obra de literatura infantil (y acaso lo sea), el libro recoge como una doble trayectoria, la del Aviador y la del

Principito, los personajes principales, hacia el encuentro consigo mismo y con una nueva, más profunda, manera de mirar a la realidad. Resulta así la trasposición simbólica de un itinerario interior, un proceso de maduración en el cual se alcanza lo que podría denominarse una existencia abierta. Presenta también, por contraste, la radiografía de una sociedad condicionada por la cantidad y lo funcional o, en términos más generales, una imagen de la existencia del hombre encerrado en sí mismo. Porque la narración tiene sobre todo significación en la intimidad de los personajes. No hay casi aventura. O, más bien, sólo la hay en cuanto dispone para el evento íntimo. De esta manera, muestra un camino hacia la sabiduría de la infancia, esa que nos ha sido propuesta —en el Evangelio— como arquetipo de la realización humana.

Al decir esto no pretendo sugerir que se trate de una mera alegoría. El relato posee su consistencia propia y puede ser leído tal como se presenta, sin mayores elucubraciones. Tiene, sin embargo, un carácter simbólico, que le otorga un alcance mayor del que acaso su propio autor podía suponer. De hecho, si se lo compara con otro texto de las mismas fechas, la Lettre à un otage —Carta a un rehén — , dirigida al Léon Werth a quien El Principito está dedicado, se verá de inmediato la diferencia. Esa carta, densa, recoge y expone algunos de los temas esenciales del otro cuento; pero con toda su riqueza, no tiene —no puede tener— la misma polivalencia significativa del texto poético.

Hay en nuestra obra expresión figurada de unos contenidos y una experiencia, que permite diversas lecturas a diversos niveles, tal como ocurre con esas obras clásicas que crecen con sus lectores, sin perder nunca la inmediatez inicial de su forma acabada.

Quisiera entonces subrayar esas líneas de fuerza y momentos clave que me parece descubrir en la trama y que marcarían el itinerario de madurez a una existencia abierta al que he aludido. Hacer como una guía de lectura, sin cerrar lo que ha de quedar abierto para gozo y provecho de sus imprevisibles futuros lectores. En ello me atengo al criterio expresado por Juan de la Cruz, poeta y, a la vez, doctor que comenta con mucha ciencia y acierto su poesía mística. Ha escrito éste en el prólogo de su declaración del Cántico

Espiritual:

Los dichos de amor es mejor dejarlos en su anchura para que cada uno de ellos se aproveche según su modo y caudal de espíritu, que abreviarlos a un sentido que no se acomode a todo paladar; y así, aunque en alguna manera se declaran, no hay para qué atarse a la declaración...[1]

Con esa libertad y esos límites, he querido pues recoger en las páginas que siguen algunas reflexiones con un modo de seguir el relato que acaso estimule y enriquezca su comprensión. Que invite a la apertura. Si eso ocurre, sería buena ganancia. En cualquier caso, el trabajo de escribirlas no habrá sido en vano: nadie lamenta volver a contemplar lo que admira y ama.

Mas comencemos a andar. Sólo en el camino se alcanza la comprensión.

[1] Cántico Espiritual, prólogo, n. 2. En San Juan de la Cruz, Obras Completas, Madrid, BAC, 11ª edición 1982, p. 435.

1. NIÑO, ADULTO

Un contraste entre el niño y los adultos sirve de base y marco de referencia a todo el relato. Lo encontramos ya en la dedicatoria del libro, donde se recogen unas líneas de apología ante los niños por haberlo ofrecido a un adulto y se concluye con la enmienda de la fórmula inicial. Queda así dedicado a su amigo Léon Werth cuando era niño.

¿Qué representa ese niño, que nos sale al encuentro desde la primera página? Resulta obvio que no se trata de un pequeño a secas, un párvulo que todavía no ha crecido. Es cierto que la narración comienza allí: Cuando yo tenía seis años... Mas el Aviador traerá a colación la anécdota para hacer presente algo que persiste en lo íntimo de su persona, ya hombre. Como nos cuenta, él siguió dócilmente el consejo de los adultos —les grandes personnes— de orientarse más bien hacia la geografía, la historia, el cálculo y la gramática, dejando de lado aquellas figuras infantiles que no auguraban ninguna exitosa carrera de pintor. Sin embargo, guardó consigo su representación de la boa cerrada, una boa que en su imaginación se había tragado un elefante entero, de la cual se habría de valer como piedra de toque de la calidad de las personas.

Así, cuando su interlocutor le parecía una persona lúcida, lo sometía a la prueba del dibujo. Le mostraba la figura para ver «si era verdaderamente comprensiva». Había descubierto desde muy temprano, a través de sus primeros intentos como (frustrado) artista plástico, que los adultos son serios. Que «no comprenden nada por sí solos», por lo que resulta muy fatigoso para los niños tener que darles siempre explicaciones de las cosas más simples.

El adulto aparece pues ocupado de cosas serias y, a la vez, quizá por ello mismo, incapaz de comprender lo que se encuentre más allá de una inmediata dimensión de utilidad. Embebido en su racionalidad práctica, le parece trivial, indigno de atención, lo que trasciende a sus fines. Su razón está entonces muy acotada, limitada. Y su propia

vida encerrada en una suerte de círculo vicioso, al verse sometida a tales proyectos, que se transforman en medida de su valor, de su éxito o fracaso. La presunta seriedad de su actitud oculta un hondo vacío y una falta de comprensión. Se ha hecho incapaz de ver lo que hay en el dibujo.

Con esa intuición, el Aviador andaba por la vida en busca de quien pudiera comprender de verdad. El dibujo era su instrumento de detección puesto que en esa imagen de su mano de niño se condensaba una primera experiencia crucial: la experiencia de (ser capaz de) ver algo más allá de la superficie —algo en lo interior o en lo profundo— y de encontrar al mismo tiempo que otros no lo ven. Que se quedaban en lo más aparente e, incapaces de penetrar hasta lo esencial, reducían aquella forma a su posible significación dentro de lo usual. ¿Qué podía representar aquello sino un sombrero?

Un singular pasaje de Ortega y Gasset, a propósito de la traducción (por Zenobia Camprubí, a quien se dirige en el texto) de El cartero del Rey de Rabindranath Tagore[2], nos ayudará a ver esa cualidad del niño en nosotros:

El caso es que todos hemos esperado una carta de un Rey. Es más: si por yo entendemos no esa personalidad externa, periférica, convencional que se ocupa en los negocios, en la política, en la lucha social; si por yo entendemos el núcleo profundo e íntimo de nuestro ser, bien podemos decir que no hemos hecho en la vida otra cosa que esperar esa carta inverosímil. Lo demás que hemos hecho ha sido faena impuesta por el medio. No éramos nosotros en ella los protagonistas; eran los demás —las cosas, los otros hombres— quienes operaban en nuestra vida. De cuando en cuando, en horas de ocio o de extrema congoja veíamos con superlativa sorpresa que de lo más hondo de nuestra persona salía nuestro verdadero yo y que este yo era un niño, un niño incorregible, un pequeño cazador de mariposas, voluntarioso e indomesticable, que siempre esperaba lo absurdo. Y a la vez sentimos, señora, que sólo lo que este niño interior desea lograría satisfacernos por completo.

Esto no es una manera de decir, sino una verdad literal. Lo que

ocurre es que nos da vergüenza hablar de ello. Porque el hablar es una de nuestras actividades sociales, de aquellas que nos sirven para fingir ante los ojos del prójimo hostil una fisonomía ventajosa. Por esta razón callamos todas esas pueriles esperanzas de mágicos acontecimientos que, sin embargo, son el último resorte de nuestra existencia. Somos poco leales con nosotros mismos y gravemente ingratos con nuestro niño interior. Él es, él es quien empuja nuestros días, llenos de desazón e insuficiencia, con el aliento caliente de sus fantásticas esperanzas. Sin él, señora, diez veces en la jornada nos tumbaríamos vencidos al borde del camino, como el can reventado. Pero nuestro Amal íntimo espera siempre su carta del Rey.

Todos los grandes espíritus han sabido escuchar, por debajo de los ruidos exteriores de la vida, la alegría y el llanto del niño que llevamos dentro...

Se nos sugiere una perspectiva diferente de la habitual. Lejos de esa visión ordinaria del tránsito de niño a adulto como proceso normal de maduración, tal como se cumple en el nivel somático del ser humano, emerge aquí el niño como arquetipo. Medida verdadera de la madurez personal, manifestada desde luego por su capacidad de comprensión, por su —podría decirse— sintonía con lo esencial de la vida. En el mismo sentido escribió Tagore[3] que «Dios espera hasta que el hombre se hace niño de nuevo en la sabiduría».

[2] Artículo en El Sol, 3 de febrero de 1918. Recogido en Espíritu de la letra, Madrid, Revista de Occidente, colección El Arquero, 6ª edición 1967, pp. 195-196.

[3] Pájaros perdidos, 299.

2. EL ENCUENTRO

Separado de los demás por su experiencia, el Aviador había vivido solo «sin nadie con quien hablar verdaderamente». Anhelaba compañía, alguien con quien entrar en comunión, compartir el mundo. Sin embargo, sentirse solo es estar referido a una compañía posible; es tener necesidad de un amigo. A la inversa, quien se ha sentido solo es quien puede estar luego verdaderamente acompañado.

La condición del Aviador se nos presenta así como la de alguien que desea y, aún más, espera hallar compañía.

Se añadirá lo que termina de prepararlo. Su avión sufrió un desperfecto y helo aquí en el desierto, a mil millas de todo lugar habitado. Tenía agua, provisiones, para ocho días. El accidente sufrido lo ha traído lejos de la sociedad humana a una situación límite puesto que su vida misma corre peligro.

Tenemos pues tres elementos que configuran esa situación. En primer término, ha ocurrido un accidente: el proyecto que llevaba a cabo se ha interrumpido; mas no al modo de una pausa voluntaria, como la que puede hacerse en el trabajo para atender a otra cosa o para descansar unos momentos, cuando seguimos en ejecución de un designio propio o, al menos, del plan previsto. En el accidente, hemos perdido el control. Se hace patente que nuestro dominio sobre las cosas estaba lejos de ser absoluto, como nos lo pudo hacer creer una actividad volcada en la realización de lo proyectado. Al contrario, vemos ahora que estamos en poder de lo real (y siempre lo hemos estado), lo que nuestra racionalidad técnica no puede superar. De hecho, el accidente sufrido nos ha colocado en peligro de muerte y, con ello, ante la limitación de nuestra vida y la gravedad del tiempo, que trascurre indetenible. Quedamos a la ventura. Por último, el avión ha caído en el desierto, lugar de soledad y de despojo: sin estímulos que encanten los sentidos y copen la atención.

Es allí entonces donde va a producirse el encuentro. La narración tiene un toque mágico:

La primera noche me dormí pues sobre la arena a mil millas de toda tierra habitada. Estaba más aislado que un náufrago sobre una balsa en el medio del océano. Así podéis imaginaros mi sorpresa, a la salida del sol, cuando una extraña vocecita me despertó. Decía: —Por favor... ¡dibújame un cordero!

Como vemos, se trata de un despertar: al comienzo del día, por virtud de una extraña voz. Una voz suave que le pedía —sorpresa mayor— dibujar un cordero. Todo tiene importancia en la escena. Lejos del mundo habitado, un sonido tenue, no un ruido estruendoso, despierta al Aviador. ¿A qué despierta? Va a comenzar una etapa decisiva en su itinerario personal: ha encontrado al Principito, en quien tendrá por fin un amigo verdadero. Este encuentro le va a permitir entender(se), al sacarlo de la soledad en que vivía y darle la clave de la apertura en la existencia: esa mirada contemplativa de una vida de infancia, la entrega de sí mismo en la amistad y el amor.

Mas la voz no tan solo lo despierta. Lo llama. Y le impone, bajo una forma inicial de súplica que luego vemos imperativa, una tarea, diferente de lo que tiene entre manos para sobrevivir (ello será ocasión de una pequeña crisis en su naciente amistad, unos capítulos más adelante). Pero una tarea vinculada a sus ilusiones de niño. Porque le pide que dibuje.

Diría que está soñando. El Aviador se pone en pie de un salto, se frota los ojos. No, no sueña. Ha despertado. Todo aquello se sale de lo ordinario de su vida y, sin embargo, entra en lo más propio suyo. Al Principito, que le asigna la tarea como si correspondiera a su oficio, no parece importarle que no sepa dibujar, que no haya cultivado su talento. Al mismo tiempo, cualquiera que fuese la realidad de lo que le está ocurriendo, no puede ser malo: ha sido para él un venir a sí, traído por una voz desconocida pero congruente con su ser más íntimo. Además, se le pide que pinte un

cordero, símbolo de inocencia y de mansedumbre.

Por su parte, el Principito está como colocado en otra dimensión: «no me parecía ni perdido, ni muerto de cansancio, ni muerto de hambre, ni muerto de sed, ni muerto de miedo». Y era encantador: un niño de cabellos dorados, extrañamente ataviado. El Aviador, cuando logra hablar, le pregunta: ¿qué haces aquí? El desierto es el lugar más incongruente para un encuentro inusitado. Pero él se limita a repetir su petición, «como algo muy serio». El encuentro está rodeado por el misterio. En ese caso, dirá el Aviador, uno no se atreve a desobedecer.

Para hacer la prueba, produce su dibujo de la boa cerrada. Y ello lo trae a una nueva sorpresa: el Principito la ve enseguida. Él no quiere semejante cosa. Desenmascarada su maniobra, se pone a la tarea. Sus habilidades como dibujante no llegan demasiado lejos, y falla una y otra vez: ninguno de los corderos que pinta satisfacen a su impaciente amigo. Se le ocurre entonces una genialidad, que va a ser para él motivo de mayor asombro aún: dibuja una caja con agujeros y dice al niño que allí dentro está el cordero. El Principito se asoma y —¡oh maravilla!— sonríe: ahora sí, ese cordero sí le gusta... Es más: lo ve dormido y no tan pequeño como afirma el Aviador. Éste, a su vez, descubre con ello que quizá se había hecho más adulto de lo que suponía. Instalado en una racionalidad productiva, de fines y medios, donde no hay lugar para lo inconmensurable de la realidad, a pesar de su espera de algo diferente, era incapaz de ver un cordero dentro de la caja que había dibujado.

3. LUGARES COMUNES

El encuentro con el Principito está rodeado de misterio. Al mismo tiempo, tiene la luz y la certeza de lo que habla al corazón, de lo que concuerda con la experiencia interior y nos hace ver su sentido. No en vano lo primero que dijo fue para pedir un dibujo al Aviador. Y reconoció de inmediato la figura que éste le presentó.

En el contraste con los adultos, propio del texto, se apunta en forma reiterada a su incapacidad de comprender puesto que reducen todo a lo utilitario y a lo cuantificable. Si se le habla a un adulto de un amigo nuevo que tenemos —se lee en el capítulo IV—, nunca os interrogará sobre lo esencial. No dirá, por ejemplo: «¿Cómo es el tono de su voz? ¿Qué juegos prefiere? ¿Colecciona mariposas?». En cambio, preguntará enseguida qué edad tiene, cuántos hermanos son, cuánto gana su padre.

De esta manera, por dejar fuera lo esencial, la comunicación no toca a la persona. Se conversa no tan solo a partir de los lugares comunes sino acerca de ellos —golf, política, corbatas—. Es lo propio, lo serio. Si alguien nos dice entonces: «la prueba de que el Principito existía es que era encantador, que se reía y que quería un cordero», nos sentiremos inclinados a pensar que desvaría. Por eso, tendría más bien que decir: «el planeta de donde venía era el asteroide B612», para que todo el mundo quede convencido de su existencia.

Así, «el lenguaje es fuente de malentendidos», afirmará el zorro y repetirá luego el Principito convencido por su amigo. Sin embargo, no podemos eludirlo: el libro mismo que leemos, con sus silencios, recoge un gran diálogo. El problema no está en el lenguaje, en las palabras; no puede estar ahí. ¿Dónde entonces?

Leemos en Citadelle, ese texto tan singular que Saint-Exupéry no llegó a concluir y se publicó en forma póstuma, en su capítulo XXX:

Aquel que me viene con su lenguaje para captar y expresar al hombre en la lógica de su exposición me parece semejante al niño que se instala al pie del Atlas con su cubo y su pala y forma el proyecto de tomar la montaña y transportarla a otra parte. El hombre es lo que es, no lo que se expresa. Ciertamente, la meta de toda conciencia es expresar lo que es, pero la expresión es obra difícil, lenta y tortuosa —y el error está en creer que no existe lo que de entrada no puede enunciarse. Porque enunciar y concebir tienen el mismo sentido. Pero es poca la parte del hombre que hasta hoy he aprendido a concebir. Ahora bien, lo que concebí un día no dejaba de existir la víspera, y me engaño si me imagino que lo que no puedo expresar del hombre no es digno de ser considerado. Porque tampoco expreso la montaña sino que la significo. Pero confundo significar y captar. Le significo a quien ya conoce, pero si ignora ¿cómo sabría yo transmitirle esta montaña con sus grietas de piedras rodantes y sus franjas de lavanda y su cima dentada en las estrellas?

La dificultad está en alcanzar esa parte del hombre que no hemos aprendido a concebir. No se trata de un dato adicional, una información que completa el cuadro que ya tenemos, una nota que lo defina mejor. Se trata de lo más personal: su existencia, con ese mundo interior propio del sujeto espiritual. Es eso lo que no puedo reducir a lugar común, objetivado, interpersonal; eso lo que requiere de nuestra parte especial receptividad.

Ocupados o, aún más, preocupados por el asunto que tenemos entre manos cesamos de estar disponibles para la persona que se nos acerca. Acaso viene a nosotros por una trivialidad o con un propósito meramente utilitario. Somos en la ocasión para esa persona un instrumento, algo que necesita dentro de un programa propio o de lo que se le antoja servirse. En una situación semejante, pareciera que tampoco tiene mayor importancia que nos encuentre ocupados de tal manera que sólo prestamos atención a lo que pretendemos llevar a cabo.

La situación es del todo diferente si aquella persona acudía a

nosotros en busca de alguien. Si necesitaba ser oída o consolada o simplemente ayudada en alguna pequeña dificultad. Porque sólo si nos encuentra disponibles podremos recibirla. Estar disponible se muestra de este modo como la primera condición de un encuentro personal, de una comunicación verdadera. Y, según hemos visto, ello supone despreocuparse: ocuparse en las cosas de tal manera que nunca nos cerremos al otro. Hay pues un problema de atención; por tanto, de preferencia, ya que atendemos en definitiva a lo que valoramos más.

Puesta ahora la atención, disponible la persona que atiende, subsiste sin embargo la dificultad, esta vez de la parte del medio para comunicarse, ese lenguaje que puede ser ocasión de malentendidos. Porque los signos empleados han de suscitar en la persona que los recibe la realidad de que se trate. Ello toca a su experiencia, a su aprendizaje. Así, significa con facilidad el signo que represente lo usual. De allí la fuerza y la necesidad de esos tópicos que nos sirven de punto de encuentro y, según el caso, permiten efectuar de inmediato la transacción. Por ejemplo, cuando nos movemos en el plano de alguna necesidad material y su oportuno remedio: «por favor, dame de beber».

En la situación de comunicar algo de la persona, de su disposición interior, los lugares comunes son insuficientes. Ocultan a la par que revelan. Se puede conversar largo rato y, por eso mismo, sentirse después más ajeno a aquella persona. Como la manifestación de lo íntimo es inconmensurable con el significado socialmente instituido, se requiere algo más. Se requiere frecuentación, tiempo compartido. Si digo a alguien: te amo, entiende desde luego el sentido de mis palabras. El problema no está en eso; estriba en que lo crea. Por lo tanto, para mí, que lo digo, el problema está en decirlo de tal manera y en tal contexto que pueda ser creído. Sin que se lo confunda con otra cosa —el deseo, por ejemplo—; sin que la comunicación quede en suspenso precisamente porque a la otra persona no le interesa aquello ahora o no puede estar segura de que sea tal y como lo digo.

Hay pues un tiempo, inevitable, en el trato personal. No se puede festinar el ritmo de la comunicación humana ni aislarla del contexto de acciones y experiencias en que pueda revelarse ese sentido que

las palabras solas no bastan para hacer llegar. Lo otro es el enlatado, tan propio de una sociedad de consumo: pregunta estándar, respuesta precodificada. La relación humana reducida a lo funcional, a lo más físico. Y, en quien siente el vacío, una soledad que se agranda cada día.

4. SOLEDAD ORIGINARIA

¡Ah Principito!, exclamará el Aviador, comprendí poco a poco así tu pequeña vida melancólica... De esa manera caracteriza lo que logra aprender de la situación inicial de su pequeño amigo. Con ello nos ayuda a ir más hondo en la condición previa del encuentro. Porque también el Principito se hallaba solo aunque de manera asimétrica puesto que, a diferencia de la del Aviador, su soledad puede ser llamada originaria.

Aquél ha vivido entre los hombres, ha estado marcado desde la infancia por esa realidad de la convivencia humana que, en su caso, se saldaba en incomprensión. Por tanto, se sentía solo, pero solo en medio de la gente, sin nadie con quien compartir de verdad. Se hallaba, sin embargo, bastante adaptado a esa vida. Tras seguir el consejo de atender más bien a unos estudios provechosos, su ocupación como piloto de correo o el paso del tiempo, o ambas cosas a la vez, habían hecho de él quizá no un adulto del todo pero ya tampoco un niño. Hará falta el aislamiento en el desierto, producido por un accidente, para que se rompa la capa que lo recubre y se abra de nuevo al asombro, al misterio, a la sintonía con el otro, a la amistad.

El Principito, en cambio, está solo en su asteroide, su pequeño mundo, que procura mantener rigurosamente en orden. Con tal fin, practica una breve rutina de tareas cotidianas, que abarca incluso el deshollinar el volcán extinguido, en previsión de cualquier cosa. Porque, como decía, «nunca se sabe». Sin embargo, nada de eso, que sin duda le interesa y de lo cual está satisfecho (habla de ello con cierta suficiencia), lo llena. No llena su tiempo ni su atención. Vemos así que a él le gusta contemplar la puesta de sol lo que, en su minúsculo planeta, puede reiterar a voluntad con tan solo desplazar la silla que le sirve de asiento en la ocasión. Esas puestas de sol lo conmueven, lo tocan. Despiertan en él una nostalgia que él asocia a la tristeza y el Aviador ve como una cierta melancolía.

En su caso, pues, lo que marca la soledad y la hace aguda no es el trato superficial, la comunicación frustrada. Es un anhelo anterior, originario, cuyo sentido no le resulta todavía claro. Precisamente, ha de aprender qué significa. Pero este anhelo muestra cómo el mundo del Principito, a diferencia de los asteroides que visitará luego, no se halla cerrado. Por el contrario, está abierto y a la espera.

La mediación corresponde esta vez a la belleza, esas puestas de sol que ama contemplar, como lo hizo algún día (en que se sentía particularmente triste) ¡hasta cuarenta y tres veces seguidas! Porque en lo bello tenemos un despertador del anhelo profundo del ser humano. Colma con su presencia y, en eso mismo, promete una plenitud que es incapaz de conferir. Para Jorge Luis Borges el hecho estético será entonces la inminencia de una revelación que no se produce. Juan de la Cruz, más avanzado en el camino, escribirá aquella estrofa séptima de su Cántico espiritual:

Y todos cuantos vagan

De ti me van mil gracias refiriendo,

Y todos más me llagan,

Y déjame muriendo

Un no sé qué que quedan balbuciendo.

Así, el Principito espera la aparición del ser bello que imantará su vida. Una compañía ignorada, ya presentida.

Pero antes de ocuparnos de eso, hemos de atender un momento al peligro de los baobabs que, como cuenta el autor, lo motivaron a hacer alguno de los dibujos más impresionantes del libro. Es una aproximación a la cuestión del mal.

5. LOS BAOBABS

De las tareas del Principito en la conservación de su planeta bien ordenado, una de gran importancia consistía en observar los brotes nuevos. Porque en el suyo había, como en todas partes, hierbas buenas y hierbas malas. Por consiguiente, semillas buenas y semillas malas. Con la particularidad de que las semillas duermen en el secreto de la tierra. Son invisibles hasta que germinan. Es entonces cuando, con observación cuidadosa, debe hacerse el discernimiento, para liberar cuanto antes al planeta de la plaga de las malas hierbas.

Pero no todas las semillas eran de simples hierbas, buenas o malas. Había semillas de baobabs, árboles de gran tronco. Es más, en el suelo se hallaba multitud de ellas, por lo que era preciso estar muy atento:

—Es cuestión de disciplina, me decía más tarde el Principito. Cuando uno ha terminado de arreglarse en la mañana, hay que hacer cuidadosamente la toilette del planeta. Hay que dedicarse con regularidad a arrancar los baobabs al distinguirlos apenas de los rosales a los que se parecen mucho cuando son muy jóvenes. Es un trabajo muy fastidioso, pero muy fácil.

Si el trabajo no se lleva a cabo, o no se hace a tiempo, las consecuencias son graves e irreversibles. Las raíces lo penetran todo, los árboles cubren el planeta, que no estaba destinado a ello por su tamaño. Pueden incluso hacerlo estallar, cuando los árboles son muchos y el planeta muy pequeño. De hecho, el Principito conoció a un perezoso, que descuidó su tarea...

Con la introducción del peligro de los baobabs, el relato adopta un

tanto un tono moralista que el autor quiere evitar. Mas la verdad del caso no permite dejar de lado esta cuestión. El asteroide B612, de donde venía el Principito, no es un lugar idílico, no es utopía. También allí está presente el mal y no tan solo como limitación o pena, experiencia dolorosa que señala su realidad y le otorga una particular presencia en nuestras vidas. Hay semillas —en nosotros, en el secreto de la tierra— que, no siendo malas en sí, abandonadas a su curso por nuestra negligencia, pueden arruinar el planeta.

El caso citado, como más obvio, es el de un perezoso, al cual se contrapone la disciplinada personita de nuestro amigo. En la pereza hay un no hacer, que corresponde a su momento de pasividad; pero hay también un dejarse llevar, un permitir que tenga lugar lo que no debería. De esta manera, simboliza toda debilidad culpable del ser humano, en quien el desorden, lo malo, encuentra un vehículo, un sujeto que lo lleva a término.

No se disimula pues la responsabilidad. No se presenta el caso como si los males vinieran de fuera, porque estaban en el ambiente, y hemos terminado padeciéndolos contra nuestra voluntad. Hemos sido nosotros los que abrimos la puerta, les dimos libre curso; nosotros los que permitimos su crecimiento en nosotros mismos, a sabiendas de que nos resultaba perjudicial. Después, por supuesto, cuando las consecuencias se hacen presentes, dolorosas, no las queremos. Y fácilmente podemos proyectar ese rechazo hacia atrás, para concluir que tampoco quisimos su causa. La sinceridad de nuestro autor no le permite ese desplazamiento, tan frecuente. Él sabe bien que somos causa del mal tanto como sus víctimas. Y no lo esconde porque su relato ha de ser verdadero.

Lo importante será, desde luego, el crecimiento de lo bueno, de lo que viene a colmar la vida de cada quien. Y como condición necesaria, la conservación de su integridad. Perdida ésta, con ese orden que le da consistencia y la hace posible, ya no podría haber más que ruina, sufrimiento. Porque las penas siguen a la culpa como la sombra al cuerpo.

6. DE LOS ASTEROIDES A LA TIERRA

Perturbado por la presencia de la rosa, que irrumpió en su vida, el Principito no sabe qué le está pasando ni qué hacer para acertar. Decide entonces alejarse y salir a ver. Emprende la fuga. Se va de su planeta, con el pensamiento —ahora sí melancólico— de que no volverá. Pero este viaje resultará la condición y el medio de su encuentro con el sentido y, de esa manera, hará posible un maduro retorno a sí mismo.

Se escapó una mañana. Haciendo camino, «para buscar una ocupación y para instruirse», decide visitar unos asteroides en cuya región se encuentra. Con la mayor exactitud, los seis asteroides 325, 326, 327, 328, 329, 330. Cada uno de ellos, como el del propio Principito, estaba habitado por una persona. Mejor dicho, por un personaje: un rey, un vanidoso, un borracho, un hombre de negocios, un farolero, un geógrafo.

Tras ese recorrido, llegará en su séptima escala a la Tierra, que «no es un planeta cualquiera» no tan solo por su mayor tamaño sino por un cambio de nivel en su realidad: si cada ser humano tiene su propio asteroide, su pequeño mundo, en la Tierra se hallan todos. Hay en ella «ciento once reyes (sin olvidar, por supuesto, los reyes negros), siete mil geógrafos, novecientos mil hombres de negocios, siete millones y medio de borrachos, trescientos once millones de vanidosos, es decir, alrededor de dos mil millones de adultos». De los asteroides a la Tierra hay por tanto una transición del mundo privado al mundo común. O debería haberla, puesto que se trata de nuestro lugar de encuentro. Al colocar sus personajes en la Tierra, sin embargo, el autor hace patente el problema. Porque tales personajes están, aun ahora, confinados en su mundito.

Se nos presenta pues, en esta galería de personajes, la imagen de una existencia cerrada. Sí, incluso en el caso del farolero, cuya ocupación —se nos dice— «era verdaderamente útil porque era hermosa». O en el del geógrafo, cuyo planeta era relativamente

grande, como corresponde a un hombre dedicado al saber. Veámoslo con atención, aunque sin detenernos en el detalle de esos deliciosos diálogos.

El Principito entra en el asteroide del Rey. Se ve saludado —reconocido— de inmediato: ¡un súbdito! Reconocido, no en su persona sino en su (posible) función dentro del campo gravitacional del monarca. Porque para los reyes el mundo está muy simplificado: todos los hombres son súbditos. Mas igual le ocurrirá con el vanidoso, para quien será un admirador; o con el geógrafo, que lo necesita como explorador. El borracho está demasiado ensimismado —bebe para olvidar que bebe— para asignar a nadie una función cualquiera. El hombre de negocios, por su parte, resiente su presencia como una interrupción molesta en el proceso de su acumulación de riquezas. El farolero, con quien —piensa el Principito, que lo amó por su fidelidad— hubiera podido entenderse mejor puesto que no vivía para sí mismo sino para ejecutar la consigna recibida, había experimentado un empobrecimiento gradual de su mundo, ahora demasiado estrecho para dar cabida a nadie más.

Los elementos del cuadro son ricos en significación. Retengamos lo que resulta clave en el recorrido del Principito. Por lo pronto, notamos una diferencia crucial entre su situación y la de ellos: él ha ido a su encuentro; ellos lo reciben en sus asteroides. Lo reciben además conforme a la regla misma que estructura cada uno de esos pequeños mundos, clausurados en su reiteración. La llegada de nuestro viajero pone así en evidencia el encerramiento de los otros. Su capacidad de ir de uno a otro, preguntando, interesándose por cada quien en sus propios términos —lo que, como es natural, intenta asimilar desde sí mismo—, muestra el yo contraído de estos personajes, que han subordinado la realidad de su persona a la función elegida.

Lo dirá muy bien a propósito del Rey, que representa con bastante detalle. Y, con acento dramático, a propósito del hombre de negocios, evocado antes —en el capítulo VII— en una discusión con el Aviador:

—Conozco un planeta donde hay un Señor enrojecido. Nunca ha olido una flor. Nunca ha mirado una estrella. Nunca ha amado a nadie. Nunca ha hecho otra cosa que sumas. Y repite todo el día como tú «¡Yo soy un hombre serio! ¡Yo soy un hombre serio!» y eso lo hace hincharse de orgullo. Pero eso no es un hombre, es ¡un hongo!

En ninguno de los asteroides visitados permanecerá mucho tiempo. Ni se encontraba a gusto ni podía quedarse. No había sido recibido como él mismo sino como un elemento funcional, determinado por el otro. Se le imponía de esa manera algo que, aun suponiendo que pudiera interesarle, no coincidía con lo que él andaba buscando. De haber aceptado, no tan solo se alejaría de su propósito fundamental; se habría encontrado a su vez encerrado y preso de una configuración ajena.

Al situar luego a esos personajes en el planeta común, Saint-Exupéry los englobará con la denominación que conocemos: adultos. He aquí la ocupación seria, que se asume con preocupación y transforma a la persona en un personaje. Que hace del suyo un mundo contraído y reductivo, cuyo principio al actuar es la reiteración, ya sin otro sentido que ella misma. En definitiva, sin (verdadero) sentido. Que impide al sujeto oler una flor, mirar una estrella, amar a alguien. Que le impide alcanzar lo real.

Mas esta travesía ha preparado al Principito para lo que habrá de encontrar en la Tierra.

Antes que nada, a la serpiente, que tiene el poder de hacernos regresar al polvo de donde hemos salido. Será ella la que le asegure su retorno al asteroide B612, que en el momento de su primera conversación contemplan como una hermosa estrella encima de sus cabezas. La serpiente le pregunta: —¿qué vienes a hacer aquí? Y la respuesta del Principito, que pregunta a su vez dónde están los hombres, nos señala una clave de su búsqueda: «—Tengo dificultades con una flor. —Ah, dijo la serpiente. Y se callaron».

7. EN EL JARDÍN DE LAS ROSAS

Aparte de dos encuentros fugaces —con la serpiente y con una flor muy efímera—, el Principito en la Tierra no ha oído más que el eco de su voz. Se sentía cada vez más solo. Después de mucho caminar, encontró una calzada. Y todas las calzadas conducen hasta los hombres. Llegó así, para su gran sorpresa, a un jardín de rosas en flor.

—¿Quiénes sois?, les preguntará, para recibir una respuesta muy simple, precodificada: —Rosas.

Leemos entonces que nuestro pequeño amigo se sintió muy desgraciado. Me creía rico, se dijo, con una flor única y no poseo sino una rosa ordinaria. Eso, junto con mis tres volcanes que me llegan a la rodilla, de los cuales uno quizás esté extinguido para siempre, no hace de mí un tan gran príncipe... Y, acostado en la hierba, lloró.

El episodio marca una crisis mayor y, podríamos decir, el término de su fuga. A partir de aquí, por la crucial mediación del zorro, podrá emprender el viaje de regreso.

¿Qué ha pasado? ¿Por qué ese llanto, esas lágrimas? La descripción, muy breve, corresponde en apariencia a un episodio más: otro encuentro del Principito en su viaje, como los que ya tuvo en la zona de los asteroides o a su llegada a la Tierra. Esta vez con unas rosas que, por cierto, a pesar de su gran número —¡cinco mil !—, no pretenden ser nada extraordinario.

Pero para él este encuentro resulta en una sacudida: una toma de conciencia dolorosa que lo lleva a menospreciar lo que tenía, la imagen que se había formado. Desvaloriza con ello su propia realidad, su persona misma. Se desploma, y rompe a llorar. Mas entender el efecto que le ha producido su caer en cuenta de las rosas, que son multitud en este jardín, exige que vayamos páginas

atrás, al capítulo VIII.

Él se hallaba solo en su asteroide. Con la nostalgia de algo que se espera, sin conocerlo aún. Y he aquí que un buen día, en medio de su planeta, había germinado una planta nueva, que cambiaría su vida. Una rosa.

Se trataba —nos es presentada en descubrimiento progresivo— de una flor brotada de una semilla venida de no se sabe dónde. Llegada de fuera, de lo inabarcable. Imprevisible, pues. Diferente a las otras hierbas, por lo cual él la observaba de cerca, día tras día, presto a desarraigarla si se revelaba peligrosa para la integridad de su planeta. Podía ser un nuevo tipo de baobab.

El arbusto paró de crecer. Y comenzó a preparar un botón, enorme, que hacía presentir una aparición milagrosa. Se preparaba un prodigio, en la realidad y en el ánimo del que vigilaba con atención. Él está dispuesto. Su antigua nostalgia es ahora expectativa.

Y una mañana, justo a la hora de salir el sol, ella se mostró. El Principito no pudo contener su admiración: ¡qué bella eres!

De nuevo, el encuentro decisivo tiene lugar al comienzo del día. Ahora no es sin embargo una voz tenue lo que despierta a nuestro amigo. Es la plenitud de una forma bella, que lo llena. Nunca había visto algo tan hermoso.

La aparición de la rosa —como le ocurrió al Aviador en su caso— viene marcada por una petición, imperativa: —Es la hora del desayuno; ¿tendríais la bondad de pensar en mí? De hecho, ese Principito que va, confuso pero dócil, a servirla, no tendrá ya más soledad. La rosa entra en su vida y toma cada vez mayor espacio en su atención. Lo difícil del caso era que él no comprendía bien, o no comprendía, a secas, qué (le) estaba pasando.

Sin duda, la flor era bella. Vanidosa. Reclamaba atención, y era un placer dársela. Era tan bella. Llenaba el anhelo de compañía del Principito más de lo que éste podía imaginar. Por otra parte, era complicada: ¿cómo complacerla? ¿Qué quería en verdad? Así, a pesar de su buena voluntad, pronto le entraron dudas acerca de ella. Tomó muy en serio palabras sin importancia y empezó a

sentirse muy desdichado.

La infelicidad, sin embargo, habla un lenguaje elocuente e inequívoco. Acaso no se entienda su causa, pero no se puede no sentir el efecto. Algo marcha mal. Lo difícil de la situación era que el Principito, sujeto de ella, no lograba entender qué le ocurría. Era demasiado joven. Su habitar en el planeta le resulta entonces insoportable. No se le ocurre, ni por asomo, arrancar aquella flor, única —según ella decía— en el mundo entero. No la comprende tampoco, no se entiende con ella. Se pone pues en fuga. Se evade de su asteroide, se escapa de sí mismo.

Al partir, pone en orden una vez más lo suyo y, cuando le toca ocuparse de la flor, descubrió que quería llorar. Dice adiós a la rosa, que primero tarda en responderle y luego le confiesa: —Sí, te amo. No lo has sabido por mi culpa. No tiene importancia. Pero tú has sido tan necio como yo. Trata de ser feliz (...) Has decidido partir. Vete pues.

El viaje ocupará su atención y despertará su curiosidad —esas preguntas infatigables, que nunca aceptaba dejar sin responder— por las nuevas realidades que encuentra. Nada sin embargo es comparable a su flor, la rosa que quedó atrás. Nada tan bello ni tan lleno de intriga. Tan encantador. Hace la comparación casi sin pensarlo; simplemente no ha tropezado nada igual. Pero eso también lo afirma, sin pensarlo mucho, en la convicción del valor de lo que tiene en sí, en su casa; del valor de su existencia. Allá en su planeta de tres volcanes, él tiene una flor única en el mundo.

Ahora comprendemos la crisis. De golpe, ha encontrado cinco mil rosas. Lejos de ser única, la suya era una más de una especie: «rosas». Eso produce una depreciación inmediata de su tesoro. O de lo que él creía que era su tesoro, lo que lo hacía precioso a sus ojos. Pero fijémonos en que no le ocurre como a cualquiera que sale de un error en el que estaba. Quien descubre su equivocación, rectifica, corrige. Se alegra con la verdad, que ahora ve más claramente. Nuestro pequeño amigo ha roto a llorar. Porque lo que ha perdido valor es la flor que ama (y no lo sabe), así como su propia vida.

Él no ha dejado de amar. De allí el dolor. Se siente triste, desdichado. Está por tierra. Desconsolado.

Ahora puede entrar en escena el zorro.

8. EL ZORRO, LOS RITOS

Tres encuentros decisivos estructuran el relato entero: el del Aviador con el Principito; el del Principito con la rosa; el del Principito con el zorro. De los tres, este último nos da las claves para comprender los anteriores. Es, podríamos decir, el momento de la iluminación.

El capítulo comienza, con gran exactitud, en medio de la crisis del pequeño príncipe. Entonces apareció el zorro. Aparece primero como una voz, a semejanza de lo que ocurrió al Aviador, y a diferencia de la aparición de la rosa en el esplendor de su figura. El zorro saluda. El Principito responde al saludo, se voltea, no ve nada. Es la voz de nuevo la que le indica dónde mirar: bajo el manzano. Ahora sí, lo ve, le resulta grata su apariencia: Tu es bien joli. Pregunta enseguida: —¿Quién eres? Mas la respuesta no descubre todavía a alguien; se refiere a algo: —Soy un zorro. Y en la distancia entre el qué de la respuesta y el quién de la pregunta va a situarse el proceso que el zorro llama domesticación.

El tema surge de inmediato porque el Principito, desolado y triste, lo invita a jugar. El placer es un antiguo remedio de la tristeza. No el único ni siquiera el más importante; quizás el más socorrido. El zorro rehúsa por una razón de peso: —No puedo jugar contigo (...) No estoy domesticado. La palabra nueva desconcierta a nuestro amigo, que reflexiona un momento y hace la pregunta pertinente: —¿Qué significa domesticar?

No recibe respuesta. La pregunta más bien parece disparar la curiosidad del zorro, que inquiere a su vez acerca del Principito: —Tú no eres de aquí... ¿Qué buscas? Pero estamos aún como en lo más externo: ¿Buscas gallinas?, que interesan mucho a cualquier zorro. —No, busco amigos. Y repite su pregunta sobre el significado de ‘domesticar’.

—Es una cosa demasiado olvidada. Significa «crear vínculos».

Cuando el zorro procede a explicarlo, el Principito comienza a ver claro lo que a él le ocurre: —Hay una flor... Creo que ella me ha domesticado... Es esto lo que hace tan especial la palabra del zorro, que se revela como un maestro. La explicación que ha dado ilumina la experiencia, mostrando su sentido:

—Tú no eres todavía para mí sino un niño enteramente semejante a cien mil niños. Y no tengo necesidad de ti. Y tú tampoco tienes necesidad de mí. No soy para ti sino un zorro, semejante a cien mil zorros. Pero, si me domesticas, tendremos necesidad el uno del otro. Tú serás para mí único en el mundo. Yo seré para ti único en el mundo...

Son palabras luminosas. Nos traen a una realidad demasiado olvidada, esos vínculos personales que se sitúan más allá de toda clasificación funcional, de toda actitud reductiva. Al domesticar, pasamos de un algo a alguien, único. Tal como ha sido descrito, es propiamente una realidad personal. Así, es recíproca, mutua. De aplicarse el término a cosas o ambientes, domesticar por ejemplo el lugar de trabajo, se lo hace por referencia a su sujeto, personalizando de alguna manera el objeto de que se trate.

La domesticación presupone, por ello, ritos, como explicará el zorro a continuación. Antes de analizarlo, sin embargo, detengámonos un poco más en esa virtud de sus palabras.

Lo crucial está en que la explicación propuesta coincide con la experiencia del Principito y muestra su significado. Ahora comienza a comprender que, en efecto, su rosa era única y en qué forma lo era. Para él, que escucha, esas palabras lo llevan dentro de sí y le permiten entenderse. Viene a la claridad de su inteligencia lo que ya había alcanzado con el afecto: la unicidad de la persona amada.

Es pues muy diferente a lo ocurrido con la falsa explicación que le dio (en el capítulo VII) el Aviador, tenso y molesto, acerca de por qué las flores tienen espinas. Respondiendo una vez más a una pregunta del infatigable cuestionador, le dice: —Las espinas, eso no

sirve para nada; ¡es pura maldad de parte de las flores! En esa oportunidad, el Principito reacciona con fuerza: —No te creo. En efecto, lo que le ha dicho colide con su experiencia de la flor, la contraría. Le resulta así inaceptable, como clara le resulta la doctrina del zorro. Pero volvamos a los ritos.

Domesticar no es cosa de un instante. Hace falta paciencia. Se requiere pasar tiempo juntos, mirarse de reojo, en una aproximación progresiva. Ello no se puede hacer de cualquier manera. Hay que seguir usos establecidos, vivir unos ritos. La explicación acerca de lo que ha de entenderse por ritos será en este caso un poco más larga: —Es también algo demasiado olvidado, dijo el zorro. Es lo que hace que un día sea diferente de los otros días, una hora de las otras horas. El ejemplo que nos da resulta muy gráfico: él caza gallinas; los cazadores lo buscan a él. Cada jueves, sin embargo, los cazadores van al pueblo a bailar con las muchachas. Ese día puede entonces salir a pasear con toda tranquilidad...

Para domesticar, el rito es invocado no simplemente como medio de asegurar la comunicación y evitar malentendidos, que el lenguaje favorece. El rito responde a una necesidad del corazón. —Si sé que tú vienes, por ejemplo, a las cuatro de la tarde, desde las tres ya comenzaré a ser feliz. Mientras más avance la hora, más feliz me sentiré. A las cuatro, me agitaré y me inquietaré; ¡descubriré el precio de la felicidad! El gozo anticipado, decía Tomás de Aquino, causa el amor. En el proceso de una amistad y del amor es indispensable desear esa presencia que, poco a poco, se va grabando en nuestro corazón.

Por otra parte, los ritos hacen diferentes a los días, a los tiempos. El sabor de la vida necesita de tales ritmos diversos. Tiempo de sembrar; tiempo de cosechar. Tiempo de trabajo; tiempo de descanso y de fiesta. En cada familia, como en cada ciudad, los ritos marcan las estaciones, las festividades; permiten el encuentro cordial; hacen visible la realidad misma de esa familia, de esa ciudad; la mantienen unida.

Cuando el zorro, tras haberlo mirado largamente, pide al Principito que lo domestique, éste le responde de entrada: —Eso quisiera, pero no tengo mucho tiempo. Tengo amigos por descubrir y muchas

cosas que conocer. Y el otro tendrá que aclararle con sabiduría:

—No se conoce sino lo que se ha domesticado. Los hombres ya no tienen tiempo de conocer nada. Compran cosas prefabricadas a los comerciantes. Pero como no hay vendedores de amigos, los hombres ya no tienen amigos. Si quieres un amigo, ¡domestícame!

9. AMISTAD Y AMOR ESPONSAL

Tenemos ahora los elementos para establecer la diferencia entre los dos tipos de domesticación que encontramos en el texto: la que crea un vínculo de amistad; la que corresponde al amor esponsal. Amigos son el zorro y el Principito, como lo serán luego éste y el Aviador. La rosa, ella, es amada.

Lo primero que nos señala la variación es el símbolo mismo: las amistades se han dado en la Tierra; el amor esponsal en el propio asteroide del Principito. Es allí a donde llegó la rosa y donde permanece: en él.

Esto marca —a mi entender— la diferencia más importante. Tanto una amistad como el amor esponsal suponen un vínculo: un trato y una relación personal, que ha dado lugar a una nueva unidad, un nosotros. Nosotros, porque se comparte la vida, tantas cosas, no porque desaparezca el yo o el tú. Pero mientras en la amistad esa realidad nueva que forman los amigos no exige mantenerse siempre, el amor esponsal nace para perdurar. Por lo pronto, es y ha de ser único, a una sola persona, puesto que comporta una donación completa. Los amigos tienen proyectos en común; los amantes tienen un solo proyecto: cada uno ha entrado en el proyecto del otro; ambos se piensan en el nosotros. Estamos, pues, en el núcleo de la persona.

Los amigos comparten entonces el tiempo y las actividades: se encuentran en un territorio común. Allí, en la Tierra, se da el mutuo aprecio, la comunicación de la intimidad, una cierta enseñanza (como la del zorro al Principito y de éste al Aviador). Allí emprenden acciones juntos, como ir en busca de esa agua necesaria para calmar la sed, del cuerpo y del corazón. Tarde o temprano, sin embargo, habrán de volver cada uno a su lugar de pertenencia o ir adonde los lleve su propia e intransferible llamada. Si la convivencia se extiende al curso entero de la vida, es recibida como un don gratuito, de alguna manera excepcional. Y cuando se

separen, el vínculo de la amistad dejará una grata huella constante en su memoria.

El amor esponsal es diferente. Atañe a esa llamada de cada uno. Por ello, el nosotros que funda tiene una consistencia decisiva. Te seguiré adonde vayas, dice la amada. Estaré siempre contigo, dice el amante. En un solo planeta hasta la muerte. Desde luego, comporta comunicación de la intimidad, un habitar cada uno en el otro, en ese nosotros que ahora son. Pero más que transmitir enseñanzas o llevar a cabo juntos una tarea, hay una compañía constante: atención y cuido; amabilidad, agrado, ayuda. Incluso en las incomprensiones, o en esa perplejidad que se mantiene siempre ante el otro —porque ella es una rosa y él un pequeño príncipe—, hay una adhesión incondicional a la persona. Se quieren. Pronto se aprende, como lo aprende ahora nuestro amigo, que importa más lo que la persona es y hace que lo que pueda o no decir:

—Yo no supe comprender nada entonces. Habría debido juzgarla por los actos y no por las palabras. Ella me perfumaba y me iluminaba. Yo no habría debido huir nunca. Habría debido adivinar su ternura detrás de sus pobres argucias. ¡Las flores son tan contradictorias! Pero era demasiado joven para saberla amar.

El Principito ha aprendido que domesticar crea lazos. Se transforma la persona, aunque —como le ocurría a él— todavía no haya caído en cuenta y, en su confusión, emprenda la fuga. A la distancia, con la experiencia de los diversos encuentros, se le ha ido haciendo patente su propio cambio, que las palabras del zorro le permiten reconocer. El amaba a la rosa. Era eso lo que pasaba en su planeta, donde la flor ocupa ahora el centro. Tenía pues que volver.

Al despedirse, el zorro le hará legado de tres palabras: (i) no se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible para los ojos; (ii) es el tiempo que has perdido por [con] tu rosa lo que hace a tu rosa tan importante; (iii) uno se hace responsable para siempre de lo que ha domesticado. En su gravedad, porque el Principito era niño mas no atolondrado o frívolo, repite esas palabras para recibir bien el

mensaje y retenerlo. Descubre así —luego veremos los dos primeros aspectos— la fidelidad. Es decir, descubre que al amor corresponde un amar siempre de nuevo. Porque nuestro amor, que es un modo de nuestra vida misma, se realiza en el tiempo y depende de nuestra libertad. Cada día hemos de retomar nuestro amor —la respuesta de amor—, como cada día hemos de actuar la propia vida.

Esa fidelidad corresponde también a las amistades, que no comportan la exclusividad del amor esponsal ni exigen una convivencia permanente. El amigo, de quien tanto hemos recibido, a quien tanto hemos dado, queda como una señal indeleble en nuestra vida cuando la separación ha tenido (que tener) efecto. El zorro ganará con el recuerdo del Principito, que además da sentido a los campos de trigo; el Aviador verá reír a las estrellas en el cielo. Han aprendido a ver con el corazón.

10. LO ESENCIAL INVISIBLE

De las sentencias del libro, acaso la más citada —en afiches, tarjetas, calendarios— sea la primera de las tres palabras del secreto: No se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible para los ojos.

Con astucia de maestro, el zorro envía al Principito a ver de nuevo las rosas del jardín. Él va. Y, ante ellas, dice lo que estaba implícito en su primer encuentro: que no eran más que rosas, bellas pero vacías. Nadie las había domesticado, no habían domesticado a nadie. No han sido (aún) objeto de trato especial. Ahora lo ve con claridad y comprende al mismo tiempo la singularidad de la suya, verdaderamente única.

El zorro explicará: —Es el tiempo que tú has perdido con tu rosa lo que hace a tu rosa tan importante. El tiempo dado —perdido es un modo de decir— está hecho de atención. Cuenta la vida vivida, no imaginada. Hemos puesto nuestra persona en aquella a quien contemplamos. A la que procuramos ayudar para que conserve su integridad, para que esté mejor. La manera de expresarlo encierra una contraposición con esos personajes disminuidos que hemos podido encontrar en el recorrido por los asteroides. El hombre de negocios, sobre todo, no tiene tiempo ni espacio sino para sus cuentas. Pero los demás tampoco: en la condición que han asumido nadie puede llegar a ser alguien para ellos. El que se asome en su mundo se verá siempre etiquetado con la función correspondiente: admirador, súbdito, explorador.

Nos queda claro así que se trata de una mirada capaz de abrirse a la realidad de la persona. Una mirada contemplativa, descrita con vivos acentos por Juan Pablo II (en su carta sobre El Evangelio de la Vida, n. 83):

Es la mirada de quien ve la vida en su profundidad, percibiendo sus dimensiones de gratuidad, belleza, invitación a la libertad y a la responsabilidad.

Es la mirada de quien no pretende apoderarse de la realidad, sino que la acoge como un don, descubriendo en cada cosa el reflejo del Creador y en cada persona su imagen viviente (cf. Gen 1, 27; Sal 8, 6).

Esta mirada no se rinde desconfiada ante quien está enfermo, sufriendo, marginado o a las puertas de la muerte; sino que se deja interpelar por todas estas situaciones para buscar un sentido y, precisamente en estas circunstancias, encuentra en el rostro de cada persona una llamada a la mutua consideración, al diálogo y a la solidaridad.

Y como fruto —o contenido— de ese crear vínculos de la domesticación hay una síntesis afectiva, que otorga sentido a las cosas incluso aquellas que nos resultaban por su naturaleza ajenas. Al zorro no podían decirle nada los campos de trigo, porque él no come trigo. Domesticado por el Principito, tiene ahora una imagen suya —sus cabellos rubios— cuando el viento mece las espigas doradas. Entonces caemos en la cuenta de que sólo se ve bien con el corazón, con el espíritu. Porque «el hombre —dice la Lettre à un otage— está animado primero por solicitaciones invisibles».

Saint-Exupéry se ha nutrido de esos lazos esenciales, que descubre en la noche:

Todo se polariza. Cada estrella fija una dirección verdadera. Son todas estrellas de los Magos. Sirven todas a su propio dios. Éste designa la dirección de un pozo lejano, duro de alcanzar. Y la extensión que os separa de ese pozo pesa como una muralla. Aquélla designa la dirección de un pozo seco. Y la extensión que os separa del pozo seco no tiene inclinación. Tal otra estrella sirve de guía hacia un oasis desconocido que los nómadas os han cantado, pero que la lejanía os prohíbe. Y la arena que os separa del oasis es

una hierba de cuentos de hadas. Tal otra más designa la dirección de una ciudad blanca del Sur, gustosa, parece, como una fruta en la que hincar los dientes. Tal, la del mar.

En fin, polos casi irreales imantan desde muy lejos este desierto: una casa de la infancia que permanece viva en el recuerdo. Un amigo del que no se sabe nada, salvo que existe.

El desierto ha favorecido este descubrimiento.

11. EL DESIERTO ES HERMOSO

Importa mucho que veamos el alcance de eso que hemos llamado síntesis afectiva.

Se trata de la reunión de los datos dispersos de la experiencia, que cobran un sentido nuevo para la persona. Lo que ha encontrado, allende su pequeño mundo inmediato, es en un primer momento desconcertante. La sorprende, la hace replegarse un tanto para preguntar después, en busca de comprensión. O la maravilla y hasta apabulla con su figura, y no sabe qué hacer ante aquella presencia prodigiosa. En todos los casos, ha de iniciar un proceso de domesticación para que se pueda revelar el significado y valor de lo hallado.

Todo lo que domesticamos nos resulta, por ello mismo, importante. Adquiere en nosotros el peso que corresponde a su ser. Al mismo tiempo, confiere sentido al entorno. Y es aquí donde se efectúa la síntesis: aquellos elementos variados, quizá dispares, se integran en una misma expresión simbólica. Pertenecen a la persona domesticada como mundo suyo o como entorno inmediato que la enmarca y, de esa manera, la representa. En una de aquellas estrellas está la rosa: —Las estrellas son bellas, dirá el Principito, a causa de una flor que no se ve... Lazos invisibles unen las cosas y nos hacen familiar, cercana, propia, su realidad.

Es, como vemos, una síntesis concreta, en el corazón de la persona. Calificarla de «afectiva» no pretende negar su componente intelectivo: la inteligencia lee el símbolo. Pero la clave de esta síntesis y, por tanto, el significado leído, está en el afecto, en ese vínculo que tendió la domesticación. Corresponde, pues, a una experiencia en la cual se alcanzó algo valioso, no en el ámbito de lo que tenemos a disposición y de lo cual nos servimos como instrumento, sino en el nivel de lo más personal, aquello que otorga valor pleno a la vida.

Por eso no es nunca una proyección arbitraria. Tampoco la reducción, casi automática, que opera la subjetividad cerrada de aquellos personajes arquetípicos que encontramos en los asteroides. En ambos casos, esa configuración proyectada rebaja, oculta, niega incluso la realidad de aquello sobre lo cual se efectúa la proyección. Acaso podría decirse que ésa es también una «síntesis afectiva», pero sólo en un sentido incompleto, como una imagen defectuosa. Justamente, estamos ante un fenómeno de sentido opuesto: el descubrimiento del valor de algo real que, por ello, se integra en un mundo coherente y significativo. Algo real deviene símbolo, sin perder su realidad propia.

Lo que Saint-Exupéry nos ofrece puede ir más allá de su propia formulación. Para él, la síntesis se lleva a cabo en torno a una persona, centro al cual nos vincula el lazo invisible. Ocurre así una apropiación, justificada, que no prescinde de la realidad de lo integrado pero que, de alguna manera, la pone en función de un sujeto, por uno de sus atributos más que por su propia esencia. El trigo dorado que mece el viento pasa a representar los rubios cabellos del Principito. Para ello tiene que conservar su condición de trigo en espiga; como trigo, sin embargo, aún no significa nada para el zorro.

La experiencia del desierto, en el capítulo XXIV, nos lleva más lejos. Si en la Lettre à un otage Saint-Exupéry descubría un desierto imantado por polos invisibles, que sugieren en la noche direcciones concretas, cada una con su significado propio, ahora el Principito explica: —Lo que embellece el desierto es que esconde un pozo en alguna parte. Y el Aviador glosa a su modo:

Me sorprendió comprender de repente ese misterioso resplandor de la arena. Cuando yo era niño, vivía en una casa antigua, y la leyenda contaba que había allí un tesoro escondido. Por supuesto, nadie lo supo descubrir nunca, ni quizá lo buscó nadie. Pero encantaba toda la casa. Mi casa escondía un secreto en el fondo de su corazón...

Hay un desplazamiento hacia algo indeterminado —un tesoro escondido, que nadie ha descubierto— porque la experiencia misma sugiere un más allá:

—El desierto es bello, añadió [el Principito]. Y era verdad. Siempre he amado el desierto. Uno se sienta sobre una duna de arena. No se ve nada. No se oye nada. Y sin embargo algo resplandece en silencio...

Et cependant quelque chose rayonne en silence. La frase traduce el núcleo de la experiencia. Es importante la condición anterior que se menciona: no se ve nada, no se oye nada. No hay forma ni figura significativa, capaz de captar la atención, de distraernos de lo que se revela con fuerza: la presencia misma de lo que es.

El ser resplandece, irradia. Ahora lo percibimos, y caemos en cuenta de que ha estado siempre allí, bajo cada figura, en cada forma concreta que encontramos. Realidad de lo real, que somos incapaces de reducir al ámbito de nuestras palabras. Que, al contrario, les otorga su pleno significado.

En la estrofa catorce del Cántico espiritual, dos versos de Juan de la Cruz nos expresan una experiencia semejante. Habla el poeta de

la música callada,

la soledad sonora.

Música silenciosa, soledad que resuena. No es una expresión paradójica sino la traducción exacta de la presencia que nos habla con su palabra sorda. Que se nos impone. Que recibimos como un auténtico don: «el desierto es hermoso». Y en el ser que se ha hecho presencia para nosotros, que funda toda presencia, intuimos la fuente de todo sentido. Una realidad personal —Absoluto personal

— de la cual toda otra realidad puede ser símbolo precisamente por ser, en cada caso, lo que es. Ante todo, por ser.

Llegados aquí la síntesis afectiva puede alcanzar a la realidad entera. Todo se vería referido al mismo centro inagotable, Dios, que Es, es Verdad, es Bien pleno. Siempre puedo añadir nuevos elementos, nuevas cosas, al universo que integra la síntesis; siempre descubro nuevos puntos de comparación, establezco nuevos lazos que dan origen a símbolos nuevos.

Queda lejos la clausura del yo contraído de los adultos, que reduce lo que encuentra a fórmula conocida, en mecánica repetición. Estamos también en el polo opuesto de aquel personaje atrapado por la náusea al rechazar esa presencia que subsiste bajo toda figura abolida. Tenemos en cambio la sabiduría del niño, capaz de acoger la realidad como un don.

12. AGUA PARA EL CORAZÓN

Por sugerencia del Principito, salen en busca de un pozo. La empresa es descabellada porque están en medio del desierto donde no se encuentra algo así, por las buenas, caminando sin dirección fija. Pero han transcurrido los ochos días y se han agotado las provisiones. Es eso lo que lo mueve a proponer la caminata, cuando descubre la urgente necesidad de su amigo.

Resulta ejemplar la manera como se decide a partir en busca del agua. El Aviador lo escuchaba con gusto narrar sus recuerdos. Mas se le acaba su reserva sin haber logrado aún reparar el avión. Está en el límite y lo dice al Principito, que no se ha dado cuenta ni capta la gravedad del mensaje. A él no le hacía falta el agua, ni daba el menor signo de tener que ocuparse de ello. —Mi amigo el zorro... seguirá diciendo como si nada. El otro le responde: —Mi pequeño hombrecito, ¡ya no se trata del zorro! —¿Por qué?, preguntará sorprendido. El Aviador continua: —Porque uno se va a morir de sed. El texto precisa: No comprendió mi razonamiento; me respondió: —Es bueno haber tenido un amigo, incluso si uno se va a morir. Yo estoy muy contento de haber tenido un amigo zorro.

Pero más adelante, relata el Aviador, que se decía: No mide el peligro. Nunca tiene hambre ni sed. Un poco de sol le basta.... Más adelante: Me miró y respondió a mi pensamiento. Ahora el Principito se ha hecho cargo de la situación. Dirá entonces: —Yo también tengo sed... busquemos un pozo... Parte, pues, por acompañar a su amigo. Y explicará que el agua puede ser también buena para el corazón.

Dentro del prodigio del relato, encuentran un pozo singular. Un pozo de aldea, con brocal, polea y cubo para sacar el agua, muy diferente de los pozos del Sahara, simples agujeros excavados en la arena. Y la polea canta cuando el cubo desciende en busca del agua y sube luego con su preciado don. Es un agua maravillosa, hecha de la marcha bajo el sol y bajo las estrellas. Hecha del esfuerzo, de la

fatiga, del sudor. Hecha sobre todo de la compañía, de ese andar juntos los amigos en pos de lo que alguno requiere para su vida.

Porque lo esencial es invisible. Es el tiempo gastado con su amigo —el zorro, el Aviador— lo que hace a su amigo tan importante para él. Y el agua se hace así buena para el corazón. «Una sonrisa —leemos en la Lettre à un otage— es a menudo lo esencial». «El placer verdadero es el placer del convidado (...) El agua no tiene el poder de encantar, si no es ante todo un regalo de la buena voluntad de los hombres».

Saint-Exupéry, que ha descubierto la domesticación, querrá fundar el respeto por el hombre. Es una de sus convicciones profundas:

El viajero que atraviesa su montaña en la dirección de una estrella —leemos de nuevo en la Lettre à un otage—, si se deja absorber demasiado por sus problemas de escalada, corre el riesgo de olvidar qué estrella lo guía. Si él no actúa sino por actuar, no irá a ninguna parte. La sillera de la catedral, si se preocupa demasiado ásperamente del alquiler de sus sillas, corre el riesgo de olvidar que sirve a un dios. Así, si me encierro en alguna pasión partidista, corro el riesgo de olvidar que una política no tiene sentido sino con la condición de estar al servicio de una evidencia espiritual. Hemos degustado, en horas de milagro, una cierta cualidad de las relaciones humanas: allí está para nosotros la verdad.

Sea cual fuere la urgencia de la acción nos está prohibido olvidar la vocación que debe gobernarla, sin lo cual esta acción quedará estéril. Queremos fundar el respeto del hombre.

Cuando el pequeño príncipe cae rendido por el sueño el Aviador lo tiene que llevar en brazos. Y contempla admirado aquella imagen en la que brilla la fidelidad. —Lo que me conmueve tanto de este Principito dormido, se dice, es su fidelidad a una flor, es la imagen de una rosa que resplandece en él como la llama de una lámpara, incluso cuando duerme.

13. DESPACITO HASTA LA FUENTE

Antes de su encuentro con el zorro, el Principito tenía prisa: tenía que hacer amigos y conocer muchas cosas. El zorro lo trae a la verdad esencial: sólo se conoce lo que se ha domesticado. Y con su experta guía, aquél aprenderá el arte de crear vínculos, que luego explica al Aviador. Ahora sabe que lo buscado por todos puede ser encontrado en una sola rosa o en un poco de agua. Es la sabiduría del niño, que encuentra la trascendencia a partir de lo concreto, un mundo entero —decía Blake— en un grano de arena.

Sólo los niños saben lo que quieren. Pierden tiempo con una muñeca de trapo y ella se vuelve muy importante... Los adultos, por contraste, buscan acumular cosas, van de aquí para allá en trenes de alta velocidad, y la clave se les escapa. Están predispuestos para ver la (aparente) ventaja de las píldoras para la sed, que ofrece un vendedor en el capítulo XXIII del libro. Tomando una de aquellas píldoras por semana ya no se sentía más necesidad de beber. Y según el cálculo de los expertos, se ahorraba con ello hasta cincuenta y tres minutos por semana.

La reacción del Principito va en sentido inverso, más allá de la apariencia: —¿Y qué se hace con esos cincuenta y tres minutos? La respuesta es característica de la época: —Uno hace con ellos lo que quiera. Esta civilización ha trocado los fines por los medios; puede siempre producir una manera mejor, más técnica, de hacer algo cuando ya hace rato que se nos ha ocultado el porqué de hacerlo.

Nuestro amigo no se deja atrapar por tanta utilidad visible: si tuviera cincuenta y tres minutos libres, caminaría hasta una fuente. Iría despacio, para vivir el presente. Porque «en el rocío de las pequeñas cosas —la imagen es de Gibrán— el corazón encuentra su mañana y se refresca».

Bajo todas nuestras empresas y aventuras humanas está un mismo anhelo de felicidad, de plenitud. En nuestro interior, un niño espera

siempre carta del Rey, ese mensaje que le dirá lo que busca y aún no conoce.

La vida nos lleva de acá para allá y son muchas —a veces urgentes — las cosas en las que hemos de ocuparnos, unas gratas y atractivas, otras pesadas, dolorosas. Es ley necesaria. Sin embargo, cabe en tales empeños —sugiere Ortega en el texto que citamos al comienzo— permanecer fiel al anhelo de ese niño que habita en nosotros. Ese niño que somos nosotros cuando tenemos conciencia del verdadero sentido de las cosas, sin ceder a la presión de la vida adulta. El niño que acoge aún la realidad entera como un don y, maravillado, es capaz de ver su valor y su promesa.

Lo mejor lo hacemos entonces cuando, niños por dentro, hemos descubierto lo importante. No el yo por sí mismo; ni el programa clausurante de la afirmación propia como rey u hombre de negocios, como geógrafo o gran vanidoso. Sino ese otro programa de una existencia abierta, cuando el yo se trasciende en el don de sí mismo en el amor y la amistad. «Cuando tomamos conciencia de nuestro papel, incluso el más insignificante —dice Saint-Exupéry en Terre des hommes—, entonces solamente seremos felices. Entonces solamente podremos vivir en paz y morir en paz, porque lo que da un sentido a la vida da un sentido a la muerte».

14. RETORNO

El momento de partir había llegado. Llega siempre en esta vida, representada como un viaje. Una circunstancia u otra separa a los amigos, cuyas trayectorias acaso no vuelvan a cruzarse. Y todo ello no es sino un anticipo de la separación definitiva, inevitable en esta tierra, que ocurre con la muerte.

El simbolismo del cuento se hace ahora compacto. En la misma escena tenemos representada la separación del Principito y el Aviador, como antes habíamos visto la despedida del zorro; el regreso a sí mismo, puesto que el pequeño príncipe se apresta a retornar a su asteroide y a su rosa con el concurso de la serpiente, y el Aviador regresa a la ciudad con su avión ya reparado; la muerte, que otorga su mayor fuerza afectiva a la narración.

Al Aviador le ocurre como a todo amigo, que asiste a la partida de su amigo con el afecto dividido. Querría permanecer con él, en quien había encontrado —¡por fin!— remedio a su soledad de tantos años; pero se da perfecta cuenta de que su amigo tiene que partir. Porque va hacia lo más propio suyo y ello, en este caso como en tantos otros, exige la separación. El Principito no podía quedarse: no era de aquí. Prolongar su estadía sería ahora como retenerlo prisionero y no es lo que corresponde al afecto de la verdadera amistad. El Aviador descubrirá, una vez más, que la ausencia de su amigo será otro modo de presencia. «Porque lo que amas más en él —se lee en El Profeta— puede ser más claro en su ausencia, como la montaña resulta al que la escala más clara desde la llanura».

Ha cumplido el Principito su itinerario vital. Un proceso en el cual ha llegado a ser de una determinada manera, más abierta, más iluminada. Había escapado de sí mismo en una condición en la cual la verdad de su nostalgia se mezclaba con una deficiente interpretación de la vida. Las peripecias del viaje, con los contrastes que encuentra; sobre todo, la crisis en el jardín de las rosas, lo

prepararon para recibir luz sobre el verdadero sentido de lo que vivía. Puede así retornar, sereno. Ha descubierto lo que anhelaba; ha entendido su amor por la rosa. Ha comprendido que debe vivir en el don de sí mismo a lo que ama. La verdad que recibió de boca del zorro lo ha devuelto a su intimidad. De este modo, es una y la misma cosa su retorno y su apertura, su entrada en sí mismo y su donación en el amor y la amistad para siempre.

La mayor fuerza afectiva de la narración, decía, viene de la representación de la muerte. Nuestro pequeño amigo intentará impedir que el Aviador lo vea al caer, mordido por la serpiente. Pero éste se ha dado cuenta de algo que no va y se mantiene alerta. No puede sin embargo evitar que ocurra: se trata justamente de algo inevitable. Logra, sí, acompañarlo, recoger su despedida: —Tú entiendes. Es demasiado lejos. No puedo llevar este cuerpo. Es demasiado pesado (...) Pero será como una vieja corteza abandonada. No son tristes las viejas cortezas... Poco antes nos ha dado en el texto una traducción exacta de lo que entonces se vive. Dice: parecía que se hundía verticalmente en un abismo sin que yo pudiera hacer nada para retenerlo.

Saint-Exupéry se detiene allí. El interrogante de la partida encuentra respuesta en los lazos invisibles del afecto, que mantienen viva la presencia. —Cuando tú mirarás el cielo, en la noche, puesto que yo habitaré en una de ellas, puesto que yo reiré en una de ellas, entonces será para ti como si rieran todas las estrellas. Tú tendrás, tú, ¡estrellas que saben reír! (...) Y cuando te hayas consolado (uno se consuela siempre), estarás contento de haberme conocido. Serás siempre mi amigo. Tendrás ganas de reír conmigo. Y abrirás de vez en cuando tu ventana, así, por el gusto... Y tus amigos se asombrarán de verte reír mirando al cielo.

Para el momento de narrarlo, habrán pasado ya seis años desde la partida de su amigo. El Aviador se ha consolado un poco. El paso del tiempo amortigua el sentimiento. Y, desde luego, mira a las estrellas, que le sonríen, no sin dejar de inquietarse alguna vez por la suerte de la flor, amenazada por ese cordero que puede comérsela un día. Mas no deja de sentir una cierta tristeza ni puede evitar las lágrimas, como no lo pudo el zorro al despedirse del Principito. El desierto permanece así para él como el más bello y el más triste

paisaje del mundo, que alimenta su esperanza de un nuevo encuentro milagroso.

Lo compacto del simbolismo permite ir más allá. ¿No es acaso toda nostalgia y esa soledad profunda, originaria, que late en el afán de compañía de cada uno expresión del anhelo por la casa del Padre? ¿No es allí adonde finalmente apunta ese deseo que se confunde con la raíz y como el principio de nuestra actividad libre? Hechos por Dios, para Dios, nuestro corazón —descubrió San Agustín— estará inquieto hasta que descanse en Él.

EPÍLOGO

La dilatada marcha del análisis ha de llegar a su término. Podrían alargarse aún estas páginas, llenar otras muchas jornadas. Pero, fieles a lo anunciado, es mejor practicar la moderación, dejar al texto su anchura propia, sin pretender una interpretación exhaustiva (que nunca podría serlo). Al concluir, recojamos sin embargo, en pocas palabras, eso sobre todo que nos ha conducido a hablar de una existencia abierta.

Por lo pronto, los personajes que sustentan la narración —el Principito, el Aviador— aparecen, cada uno por su cuenta, como de viaje. Y es que el libro nos hará ver el posible itinerario de madurez en cada vida como una trayectoria de sí mismo a sí mismo, en la cual vamos de una confusa, no entendida, situación inicial, para alcanzar a través de las crisis y de un encuentro crucial, una plenitud de significado y de relación.

Cada imagen en el texto expresa de algún modo una cierta comprensión de la experiencia del autor. Su significado será pues alcanzado desde la correspondiente experiencia del lector, a cuya comprensión contribuye. Hay un modo mítico-poético de expresión, que da lugar al cuento; y un modo analítico-conceptual, que se traduce en reflexiones como las intentadas en estas páginas. Entre ambos modos se puede obtener una equivalencia en cuanto a lo esencial simbolizado. Y en ambos casos se requiere entrar en sí mismo, cotejar lo que se nos presenta en el símbolo con lo vivido por uno, para ser capaz de entenderlo. Se nos dice aquí, además, que sólo con el corazón se ve bien, que necesitamos de la experiencia afectiva como revelador de lo humano.

El itinerario seguido por los personajes parte de una soledad de origen, resentida en un caso como incomprensión, en el otro como melancolía. Desde el primer momento, ambos están dispuestos para un encuentro, que se espera pero no puede ser producido a voluntad. Llegará una semilla nueva y diferente al asteroide B612;

una suave voz desconocida despertará al Aviador accidentado en el desierto. El proceso que habrá de darse a partir de ese momento de encuentro es lúcidamente explicado por el zorro, en un capítulo donde se funden lo poético y lo conceptual, como una domesticación. Domesticar, que es crear lazos, establecer vínculos de amistad o amor. Quien atiende a domesticar y ser domesticado, sin embargo, tiene que salir de sí mismo, de su preocupación inmediata, en la cual podría haber permanecido cerrado: el Aviador volcado sobre la urgente reparación de su aeroplano porque le va en ello la vida—; el Principito, tenso en su prisa por conocer tantas cosas y por encontrar amigos como un remedio de la desazón que lo hizo huir de su planeta.

Permanecer cerrado no es tan solo una posibilidad. Es, en el cuento, la opción de un conjunto de personajes, que forman como una galería. Cada uno, solo, en un asteroide donde, en sentido estricto, no cabe nadie más. Quien se acerque a ellos no se verá tratado como persona, como igual, como posible amigo. Será recibido conforme a la ley que estructura aquel mundito clausurado y genera una reiteración de lo mismo en las acciones del sujeto. La tipología incluye hasta el personaje aparentemente abierto del geógrafo, cuyo planeta resulta más vasto que el de los demás. Y el que está al servicio de la consigna, que no gira en torno a sí pero ha perdido toda intimidad personal.

Tal es la alternativa. El ser humano que, desde lo más íntimo de sí, anhela compañía, relación interpersonal, puede alcanzar su madurez en la apertura y donación de la amistad o el amor; o puede quedarse encerrado en una monótona afirmación de sí mismo como personaje principal de la historia.

El secreto estará en crear vínculos. Y, para ello, en ser paciente. Permitir que el otro se manifieste como tal; contemplarlo; gastar tiempo juntos. El secreto estará en ver con el corazón, lo cual resulta poco menos que imposible a quien se niegue a dar de lo suyo, a darse. Porque quien domestica se hace responsable de lo que ha domesticado. Tiene la suave y fuerte atadura del amor. Precisamente, el sentido de pertenencia que expresa esta nueva vinculación —mi rosa, mi zorro— es desde la raíz diferente de la apropiación que intenta un hombre de negocios. Allá pertenecemos

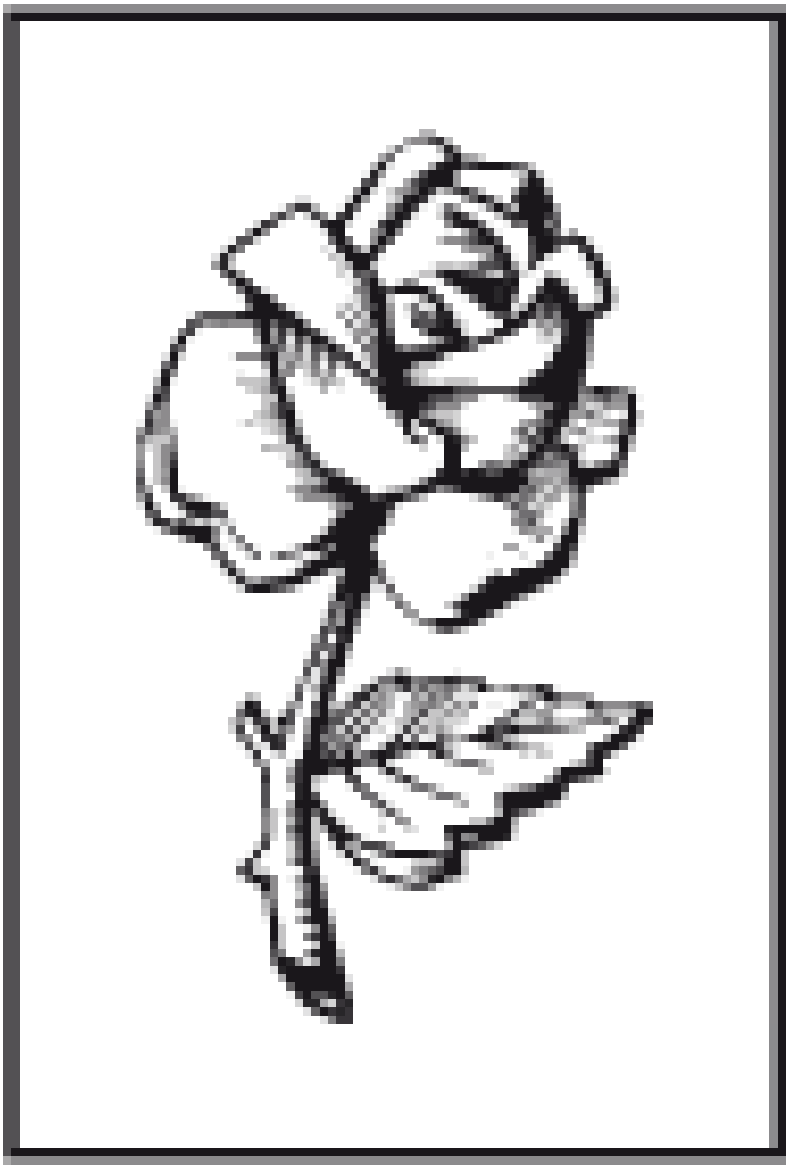
al igual que nos pertenecen; aquí —es lo que se presume— nos hemos apoderado de las cosas.

Esto último será muy característico de los adultos, aficionados a las cifras, que pierden con ello el sentido de su hacer y de su ser. Sólo los niños saben lo que quieren. Y lo tienen al contemplar, al participar —maravillados— de lo real. Y en ese trato con las cosas; sobre todo, con las personas con las que se ha entrado en comunión, las cosas mismas cobran un doble significado: reciben, por una parte, valor de símbolo del ser amado; al mismo tiempo, constituyen un mundo que se manifiesta como condición de la plenitud que se nos da en la comunión interpersonal.

Así, el todo de lo real aparece como ordenado al amor. Y se presiente el Amor que funda el universo entero.

Acompañar al Principito en su viaje; compartir la experiencia del Aviador en el desierto; recoger el mensaje del zorro, puede ser para cada uno de nosotros, lector seducido por el cuento, ocasión de medir quizás el alcance y la manera de nuestro encerramiento, ese que padecemos sin haber entendido. Reiterando tal vez el síntoma mismo de la enfermedad en la búsqueda de su remedio.

Y puede ser —ha de ser— también una invitación a trascendernos. A tener calma, a contemplar. A recobrar esa ingenua mirada del niño, abierto a la experiencia del mundo. A redescubrir la fidelidad, el don renovado en la amistad y el amor, que trae consigo una verdadera promesa de plenitud.



© 2013 by RAFAEL TOMÁS CALDERA

© 2013 by EDICIONES RIALP, S.A.,

Alcalá, 290. 28027 Madrid.

www.rialp.com

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L.

ISBN: 978-84-321-4348-9

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.